

Lejos de la Literatura pero no de la Poesía

El tiempo sigue acumulando telas, urdimbres de materia,
retazos de una bitácora que signará la memoria visual
de las costras y los velos
que la hipnosis teje. Lo que se mira y su naufragio.
Lo que hay en el paisaje y sin embargo no está.
Timón operado por manos comprometidas con el misterio;
y los ojos, con los oídos sordos por el zumbido del silencio
individual. La bandera blanca
flota en un centro donde se reúnen varias colinas.
La noche cerradísima muestra un cirio.
El paisaje sigue siendo el derrotero inservible
para la recóndita lectura de los sueños.
Pero el tiempo ha traído cosas al paisaje,
la embriaguez de lo diverso asoma el rostro.
Veo una escoba en la hoguera, una muchacha en una playa
sonrosada por la luz,
barcos de guerra ensuciando los litorales del Canal.
Son los detalles, no el mundo, lo que hace la variedad.
La nostalgia sigue amnésica. Las anécdotas existen
pero continúan lejanas.
La vocación puesta, más que en el paisaje,
en las manchas, en la magia del truco y su ficción.







Mirar la desolación, la densa atmósfera de estos paisajes, sin el fácil lastre de una percepción complaciente. Sumergirse en un mundo que encuentra la pausa en el momento más vertiginoso o el movimiento en el punto más inmóvil.

El espíritu de la inercia: el contacto de los contrarios. Donde lo Terrible no asusta, ni lo Deseable tiene relevancia. Donde los Valores son ambiguos y la Humanidad está ausente. Pareciera que es necesario tener ojos antes de nacer o después de muerto para atestiguar parajes donde se mezclan *Génesis* y *Apocalipsis*; para atestiguar que la naturaleza es y será humana si somos capaces de tener esos ojos. ◇